

## ACTO CUARTO

Posada en Heilbronn.

GOETZ

GOETZ.—Me está sucediendo lo que al diablo que metió al capuchino dentro del saco; me reviento y nada consigo. ¡Perjuros!

Llega ISABEL

GOETZ.—¿Qué noticias me traes, Isabel, de mis leales amigos?

ISABEL.—Nada positivo. Algunos han muerto, otros están encerrados en la torre. No han podido ó no han querido darme más noticias.

GOETZ.—¿Es este el premio de la lealtad, de la obediencia filial...? «A fin de que seas feliz y vivas largo tiempo sobre la tierra.»

ISABEL.—Marido mío: no blasfemes contra nuestro Padre celestial. Ellos tienen su recompensa, porque dióles al nacer un corazón noble y libre. ¡Aunque estén presos, libres son! Ten cuidado con los consejeros delegados; sus gruesas cadenas de oro sientan á sus rostros...

GOETZ DE BERLICHINGEN

445

GOETZ.—Como al cerdo un collar. ¡Quisiera ver á Jorge y á Francisco aprisionados!

ISABEL.—Sería un espectáculo capaz de hacer llorar á los ángeles.

GOETZ.—Yo no lloraría; rechinaría los dientes y tascaría el freno. ¡En cadenas las niñas de mis ojos! ¡Jóvenes queridos, si no me hubieseis amado! ¡No me saciaría de mirarlos! ¡Faltar á la palabra dada en nombre del Emperador!

ISABEL.—Desecha esas ideas. Piensa que debes presentarte ante el Consejo. No te veo bien dispuesto para ese acto, y todo lo temo.

GOETZ.—¿Por dónde me han de coger? ¿Qué quieren de mí?

ISABEL.—El alguacil del Tribunal.

GOETZ.—El asno de la justicia, que lleva sus sacos al molino y sus basuras al campo. ¿Qué hay?

Entra el ALGUACIL.

ALGUACIL.—Los señores Comisarios están reunidos en la casa de Ayuntamiento y envían á buscaros.

GOETZ.—Voy.

ALGUACIL.—Yo os acompañaré.

GOETZ.—Es mucho honor.

ISABEL.—¡Modérate!

GOETZ.—Queda sin cuidado.

Casa de Ayuntamiento.

CONSEJEROS IMPERIALES. CAPITÁN. REGIDORES de Heilbronn.

REGIDOR.—Hemos reunido, según vuestro mandato, á los vecinos más forzudos y valientes: aquí cerca aguardan una señal vuestra para sujetar á Berlichingen.

PRIMER CONSEJERO.—Con mucho gusto encareceremos á Su Majestad Imperial vuestra solicitud en obedecer sus órdenes soberanas. ¿Son artesanos?

REGIDOR.—Herreros y toneleros, carpinteros, hombres de ejercitados puños y robustos de aquí. (Señalando al pecho.)

CONSEJERO.—¡Bien!

ALGUACIL entrando.

ALGUACIL.—Goetz de Berlichingen aguarda en la puerta.

CONSEJERO.—¡Que entre!

Entra GOETZ

GOETZ.—¡Dios os guarde, señores! ¿Qué me queréis?

CONSEJERO.—Ante todo, que penséis donde estáis y delante de quién.

GOETZ.—¡Por mi vida! No os desconozco, señores.

CONSEJERO.—Ese es vuestro deber.

GOETZ.—Que cumplo con la mejor voluntad.

CONSEJERO.—Sentaos.

GOETZ.—¿Ahí debajo? Puedo muy bien estar en pie. Ese banquillo huele á infelices reos, como todo el aposento.

CONSEJERO.—Estad, pues, en pie.

GOETZ.—Vamos al asunto, si gustáis.

CONSEJERO.—Procederemos con orden.

GOETZ.—Huélgome de ello y quisiera que antes hubiese pasado lo mismo.

CONSEJERO.—¿Ya sabéis que estais en nuestras manos incondicionalmente?

GOETZ.—¿Y de qué me serviría olvidarlo?

CONSEJERO.—Si pudiera haceros comedido, haria vuestra causa buena.

GOETZ.—¡Hacerla buena! ¿Qué podríais? Por lo visto cuesta más trabajo que hacerla mala.

ESCRIBIENTE.—¿Debo escribir todo esto?

CONSEJERO.—Lo pertinente al asunto.

GOETZ.—Por mi parte, podéis imprimirlo.

CONSEJERO.—Estáis en poder del Emperador, cuya paternal clemencia se sustituye á su justicia augusta, y en vez de una prisión os ha señalado Heilbronn, una de sus buenas ciudades, por residencia. Prometisteis, bajo juramento, presentaros como conviene á un caballero, y esperar sumiso los resultados.

GOETZ.—Bueno: y aquí estoy y espero.

CONSEJERO.—Y aquí estamos nosotros para comunicar la gracia y la clemencia de Su Majestad, que os perdona todas vuestras transgresiones: os absuelve de la proscripción y de los demás, bien merecidos casti-

gos, lo cual reconoceréis con gratitud y obediencia, prestando en cambio el juramento de paz, del cual se os va á dar lectura.

GOETZ.—Soy de Su Majestad fiel criado como siempre. Pero, una palabra antes de ir más adelante. ¿Dónde están mis hombres? ¿Qué va á ser de ellos?

CONSEJERO.—Eso no os importa.

GOETZ.—¿Que el Emperador desvíe así de vosotros su rostro, cuando estéis en la desgracia! Eran mis compañeros y lo son. ¿Dónde los habéis metido?

CONSEJERO.—Ninguna cuenta tenemos que daros acerca de eso.

GOETZ.—¡Ah! No pensaba que, no solamente no estáis obligados con vuestras promesas, sino que...

CONSEJERO.—Nuestra misión es haceros prestar el juramento de paz. Someteos al Emperador, y camino hallaréis de obtener, por la súplica, la vida y la libertad de vuestros compañeros.

GOETZ.—¡Veamos vuestro papel!

CONSEJERO.—Escribiente, leed.

ESCRIBIENTE.—Yo; Goetz de Berlichingen, reconozco públicamente por esta carta, que habiéndome levantado en armas últimamente contra el Emperador y el Imperio...

GOETZ.—Eso no es verdad. No soy un rebelde; en nada he delinquido contra Su Majestad Imperial, y nada tengo que ver con el Imperio.

CONSEJERO.—Reportaos, y seguid escuchando.

GOETZ.—¡No quiero oír más! ¡Que salga uno y me

acuse! ¿He dado un solo paso contra el Emperador ó contra la casa de Austria? ¿No he probado de antiguo, en todas y cada una de mis acciones, que sabía mejor que nadie todo lo que Alemania debe á sus soberanos, y mayormente cuánto tienen que agradecer los pequeños, los caballeros y hombres libres á su Regente? Sería un infame si me dejase persuadir á firmar eso.

CONSEJERO.—Y, sin embargo, tenemos órdenes terminantes de convenceros por buenas, y en caso de que os neguéis, de meteros en la torre.

GOETZ.—¡En la torre! ¡A mí!

CONSEJERO.—Y allí podréis esperar vuestra suerte de la justicia, si no queréis recibirla de manos de la elegencia.

GOETZ.—¡En la torre! Abusáis del poder imperial. ¡En la torre! ¡Eso no es mandato suyo! ¡Traidores! ¡Armar-me primero un lazo, y á modo de tocino en ratonera colgar de él vuestra palabra de honor, vuestro juramento! ¡Prometerme después prisión de caballero y otra vez faltar á la promesa!

CONSEJERO.—No estamos obligados á ser leales con un bandido.

GOETZ.—Si no fuera porque llevas la imagen del Emperador, que yo venero aun en la copia más vil, habías de tragarte la palabra «bandido», ó atragantarte con ella. Esta cuestión en que estoy metido, es una cuestión de honor. Podrías dar gracias á Dios y gloriarte en el mundo, si hubieses hecho en tu vida acción tan noble como aquella en cuya virtud estoy preso.

CONSEJERO.—(Hace una señal al Regidor, el cual toca la campanilla.)

GOETZ.—Yo no he salido impulsado por el amor de miserables ganancias, ni para asolar tierras, ni para despojar gentes indefensas y miserables: salí para libertar á mi vasallo y defender mi persona. ¿Veis en esto algo injusto? Nuestra querrela no tenía por qué quitarle el sueño al Emperador ni al Imperio; tengo, á Dios gracias, todavía una mano, y me he dado buena maña para usarla.

VEGINOS.—(Entran con estacas en las manos y armas en los cintos.)

GOETZ.—¿Qué significa esto?

CONSEJERO.—No queréis escuchar. ¡Cogedle! (A los hombres.)

GOETZ.—¿Es esa vuestra intención? El que no sea un buey de Hungría, que no se acerque demasiado. Porque llevará, con esta mi diestra mano de hierro tal bofetada, que ha de curarle radicalmente de dolor de cabeza, dolor de muelas y de todos los dolores de la tierra. (Se le echan encima y derriba en tierra á uno de un golpe, y á otro le quita la espada: retroceden.) ¡Venid! ¡Venid! Me gustaría saber cuáles son los más valientes.

CONSEJERO.—¡Rendíos!

GOETZ.—¡Con la espada en la mano! ¿Sabéis que sólo dependería de mí abrirme paso por entre todos esos cazadores de liebres y llegar á campo abierto? Pero quiero enseñaros cómo se guarda la palabra. Prometedme prisión de caballero y entregaré mi espada, siendo como antes, vuestro prisionero.

CONSEJERO.—¿Queréis disputar con el Emperador espada en mano?

GOETZ.—¡Guárdeme Dios! Con vos solamente y vuestra noble compañía. Podéis ir os á vuestras casas, buena gente. Nada ganaréis con esperar, y no sacaréis de aquí sino chichones.

CONSEJERO.—¡Cogedle! ¿No os da más valor que ese vuestro amor al Emperador?

GOETZ.—No más que les dará emplastos el Emperador para curarse las heridas que su valor les acarree.

Entra un HUIER del Tribunal.

HUIER.—El centinela de la torre da parte, en este momento, de que una tropa de más de doscientos hombres se dirige á la ciudad. Sin ser vistos, avanzaron por detrás de los viñedos y amenazan nuestras murallas.

REGIDOR.—¡Desgraciados de nosotros! ¿Qué es esto?

Llega un GUARDIA.

GUARDIA.—Francisco de Sickingen, parado delante de la puerta, os manda á decir: Que ha sabido la indigna traición que á su cuñado se ha hecho en connivencia y con ayuda de los señores de Heilbronn. Que de esto pide cuenta, y si no se le da en el término de una hora, pondrá fuego á la ciudad por sus cuatro costados y la entregará al saqueo.

GOETZ.—¡Excelente hermano!

CONSEJERO.—¡Retiraos, Goetz! ¿Qué se hace?

REGIDOR.—Tened compasión de nosotros y de nues-

tro vecindario. Sickingen es desenfrenado en la ira, y hombre capaz de hacer lo que dice.

CONSEJERO.—¿Hemos de perder nuestros derechos y los del Emperador?

CAPITÁN.—Si tuviésemos siquiera gente para hacerle frente; pero puede matarnos á todos y ser la cosa todavía peor; cediendo, ganamos.

REGIDOR.—Pidamos á Goetz que interceda por nosotros. ¡Páreceme estar viendo ya la ciudad en llamas!

CONSEJERO.—Que entre Goetz.

GOETZ.—¿Qué se os ofrece?

CONSEJERO.—Harías bien en desviar á tu cuñado de sus propósitos rebeldes. En vez de salvarte te hunde más, siguiéndote en tu caída.

GOETZ.—(Ve á Isabel al lado de la puerta y le dice en voz baja.) Corre á él y dile que sin dilación alguna se abra paso y llegue hasta aquí, pero sin hacer daño á la ciudad. Si estos bribones le resisten, que emplee la fuerza. No me importaría morir aquí, con tal de acuchillarlos á todos.

Gran sala en la casa de Ayuntamiento.

SICKINGEN. GOETZ

Todo el edificio está ocupado por los soldados de Sickingen.

GOETZ.—¡Fué socorro del cielo! ¿Cómo llegaste, querido hermano, tan de improviso y oportuno?

SICKINGEN.—Sin arte de magia. Había enviado dos, tres mensajeros, á saber lo que te pasaba; cuando me

dieron la noticia del perjurio, me puse en camino. Ahora están en nuestro poder.

GOETZ.—Yo no pido más que prisión de caballero.

SICKINGEN.—Eres demasiado pundonoroso. ¡No aprobecharte siquiera de las ventajas que tiene el hombre honrado sobre los traidores! Han tomado por lecho la injusticia, y no es cosa de que les pongamos cojines debajo. Abusaron vergonzosamente de las órdenes del Emperador. Y como conozco á Su Majestad, te aseguro que puedes exigir más; eso es demasiado poco.

GOETZ.—Siempre me contenté con poco.

SICKINGEN.—Y siempre te has quedado demasiado corto. Mi opinión es esta: que saquen de la prisión á tus hombres, y, mediante tu palabra, los dejen ir contigo á tu castillo. Prometerás no salir de sus términos, y siempre estarás mejor que aquí.

GOETZ.—Dirán que mis bienes han venido á ser, por reversión, propiedad del Emperador.

SICKINGEN.—Y nosotros diremos que quieres tomarlos en arriendo, hasta que el Emperador te devuelva el feudo. Déjalos que se revuelvan como anguilas en nasa; no se nos escaparán. Hablarán de la Majestad Imperial; de la misión que traen. Nos tiene sin cuidado. Yo también conozco al Emperador y valgo con él alguna cosa. Siempre ha deseado tenerte en su ejército. No estarás mucho tiempo en tu castillo sin que te llamen á las armas.

GOETZ.—¡Quiera Dios que sea antes que desaprenda el combatir!

SICKINGEN.—El valor no se olvida, como tampoco se

aprende. No te ocupes de nada. Cuando tus asuntos estén en orden, me iré á la corte, porque comienzan á madurar mis proyectos y hay indicios favorables que me dicen: «Ha llegado el momento de obrar.» Sólo me resta sondear los sentimientos del Emperador. Tréveris y el Palatinado creen más fácil que se hunda el cielo que caer yo sobre ellos, y caeré como una granizada. Si podemos cumplir nuestro destino, pronto te verás cuñado de un príncipe elector. Yo contaba con tu brazo para esta empresa.

GOETZ.—(Contemplando su mano.) ¡Oh, ahora hallo la explicación del sueño que tuve la víspera de prometer María á Weislingen! Ofrecíame fidelidad y tenía mi mano derecha tan apretada, que me la desprendió del brazalet como rota. ¡Ah! En este momento estoy más desarmado que el día que me la llevó un tiro. ¡Weislingen! ¡Weislingen!

SICKINGEN.—Olvida á ese traidor. Anularemos sus proyectos, hundiremos su crédito, y lo devorarán hasta morir los remordimientos y la ignominia. Veo, veo con la mente á mis enemigos, á tus enemigos destruidos. Goetz ¡medio año solamente quiero!

GOETZ.—Tu alma se remonta mucho. Yo no sé; de algún tiempo á esta parte no se abren á la mía alegres perspectivas. Otras veces estuve más en desgracia y prisionero, pero nunca me ha pasado lo que ahora.

SICKINGEN.—La dicha infunde valor. Vamos á ver á esos pelucas: bastante tiempo han usado de la palabra, tomémonos ahora nosotros ese trabajo. (Vanse.)

Castillo de Adelaida.

ADELAIDA. WEISLINGEN.

ADELAIDA.—¡Eso es odioso!

WEISLINGEN.—Hiciéronme rechinar los dientes. ¡Un golpe tan hermoso, tan bien ejecutado, y á la postre dejarlo volver á su castillo! ¡Maldito Sickingen!

ADELAIDA.—No debieron ceder.

WEISLINGEN.—Estaban sitiados. ¿Qué podían hacer? Sickingen los amenazó con entrar á fuego y sangre. ¡Hombre soberbio é iracundo! Lo detesto. Su importancia crece como un torrente que, sólo por haber devorado un par de riachuelos, los otros corren á él de suyo.

ADELAIDA.—¿Y no tenían á su Emperador?

WEISLINGEN.—¡Querida esposa! No es más que su sombra. Está viejo y descorazonado. Cuando oyó lo que había pasado y que yo con los demás consejeros nos incomodábamos, dijo: «¡Dejadles en paz! Bien puedo conceder al viejo Goetz aquel pequeño espacio, y si se está allí tranquilo, ¿qué más le habéis de pedir?» Hablámosle del bien del Estado. «¡Oh!—dijo—¡Si yo hubiese tenido siempre consejeros que enseñasen á mi espíritu inquieto á hacer la felicidad de los hombres individualmente!»

ADELAIDA.—Pierde el sentido de soberano.

WEISLINGEN.—Después la emprendimos contra Sickingen. «Es mi servidor leal»—dijo,—y si no lo hizo por orden mía, cumplió mi voluntad mejor que aquellos

que tenían mis poderes, y yo puedo darlo por bien hecho, antes ó después.

ADELAIDA.—¡Hay para desesperarse!

WEISLINGEN.—No he perdido aún toda esperanza, por una razón. Se le ha dejado en su castillo, bajo su palabra de caballero, de estarse quieto allí. Como esto le es imposible, pronto tendremos una causa de queja contra él.

ADELAIDA.—Y tanto más, cuanto es de esperar que el Emperador se irá pronto de este mundo, y Carlos, su excelente sucesor, promete otras inclinaciones de soberano.

WEISLINGEN.—¿Carlos? Todavía no está elegido ni coronado.

ADELAIDA.—¿Quién no lo desea y no lo espera?

WEISLINGEN.—Tienes gran idea de sus cualidades; casi podría uno creer que lo miras con otros ojos.

ADELAIDA.—Me ofendes, Weislingen. ¿Es así como me conoces?

WEISLINGEN.—No lo digo por ofenderte, pero sobre este particular no puedo callar. Las desacostumbradas atenciones de Carlos hacia ti, me traen intranquilo.

ADELAIDA.—¿Y mi conducta?

WEISLINGEN.—Eres mujer. No detestáis á ninguno que os haga la corte.

ADELAIDA.—¡Pero tú...!

WEISLINGEN.—¡Este horrible pensamiento me muerde el corazón, Adelaida!

ADELAIDA.—¿Puedo curar tu locura?

WEISLINGEN.—¡Si tu quisieras podrías alejarte de la corte!

ADELAIDA.—Dime forma y manera. ¿No estás en la corte tú? ¿He de dejarte y á mis amigos, para entretenerme en mi castillo con los buhos? No, Weislingen, eso no sucederá. Tranquilízate. ¡Tú sabes cuánto te amo!

WEISLINGEN.—¡Esa es el ancla de salvación en esta tormenta, mientras la cuerda no se rompa! (Vase.)

ADELAIDA.—(Sola.) ¿Así lo tomáis? ¡Eso faltaba! Las aspiraciones de mi alma son demasiado grandes, para que puedas sujetarlas en su carrera. ¡Carlos, hombre grande y excelente, que un día será emperador! ¡Sería el único hombre á quien no halagara la idea de poseer mis favores! No pienses en estorbarme, Weislingen, porque caerás, y pasaré por encima de ti.

(Llega FRANZ con una carta.)

FRANZ.—Tomad, señora.

ADELAIDA.—¿Te la dió Carlos en persona?

FRANZ.—Sí.

ADELAIDA.—¿Qué tienes? Pareces triste.

FRANZ.—¡Os empeñáis en que muera consumido! ¡En los años de la esperanza me hacéis desesperar!

ADELAIDA.—(Aparte.) ¡Me da lástima! ¡Y qué poco me costaría hacerlo feliz! (Alto.) No te desanimes, hijo. Conozco tu amor y tu lealtad, y nunca seré desagradecida.

FRANZ.—(Afligido.) Si fueseis capaz de eso, me moriría. ¡Dios mío! ¡No tengo una gota de sangre que no

sea vuestra, ni otro anhelo que amaros y complaceros!

ADELAIDA.—¡Niño querido!

FRANZ.—¡Lo decís por adularme! (Rompe á llorar.) ¡Si esta devoción no merece más que ver preferidos á otros; ver que todos vuestros pensamientos son dirigidos á Carlos...!

ADELAIDA.—No sabes lo que quieres, y aun menos lo que hablas.

FRANZ.—(Dando con el pie en el suelo lleno de enojo y de ira.) ¡Ni quiero tampoco servir más de tercero!

ADELAIDA.—¡Franz, tú olvidas...!

FRANZ.—¡Sacrificarme! ¡Sacrificar á mi amado señor!

ADELAIDA.—¡Quítate de mi vista!

FRANZ.—¡Señora...!

ADELAIDA.—¡Ve! ¡Descubre á tu amado señor mi secreto! Yo fui la loca en tenerte por lo que no eres.

FRANZ.—Noble y querida señora, sabéis que os amo.

ADELAIDA.—¡Eras mi amigo y estabas tan cerca de mi corazón...! ¡Vete! ¡Delátame!

FRANZ.—Antes me arrancaría la vida. ¡Perdonadme, señora! Mi corazón rebosa, y mis sentidos no pueden resistir.

ADELAIDA.—¡Mi fogoso querido! (Cógele las manos, lo atrae hacia sí y se besan; él la abraza llorando.)

ADELAIDA.—¡Suéltame!

FRANZ.—(Sofocado por los sollozos.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ADELAIDA.—¡Suéltame; las paredes oyen! ¡Déjame! (Le suelta.) Sé constante en tu amor y en tu fidelidad, y tendrás la más hermosa recompensa. (Vase.)

FRANZ.—¡La más hermosa recompensa! ¡Sólo quiero vivir hasta alcanzarla! ¡Mataría á mi padre si me la disputara!

Jaxthausen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA IMPERIAL

"ALFONSO R. RYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GOETZ sentado á una mesa.—ISABEL á su lado trabajando. Sobre la mesa hay una luz y recado de escribir.

GOETZ.—La ociosidad no me gusta, y esta prisión pareceme cada día más estrecha; quisiera poder dormir ó imaginarme siquiera que el sosiego es cosa agradable.

ISABEL.—Por eso debes acabar de escribir tu vida, que has comenzado. Pon en las manos de tus amigos un testimonio de confusión para tus enemigos; procura á la noble generación venidera la alegría de no desconcerte.

GOETZ.—¡Ah! Escribir es una ociosidad laboriosa que me enoja. Mientras estoy escribiendo lo que hice, me incomodo por la pérdida de un tiempo en el cual podría hacer algo.

ISABEL.—¡No seas caprichoso! (Coge el manuscrito.) Precisamente estás en tu primera prisión de Heilbronn.

GOETZ.—Siempre fué para mí un lugar fatal.

ISABEL.—(Lee.) «Aún hubo algunos de los aliados que me dijeron que no fué cuerdo en mí presentarme á mis enemigos más encarnizados, porque podía muy bien suponer que no me habían de tratar con blandura; enton-



ces respondi...» Y bien, ¿qué respondiste? Sigue escribiendo.

GOETZ.—Dije: «¿No arriesgo á cada momento mi piel por el bien y los bienes de los demás? Bien puedo arriesgarla por mi palabra.»

ISABEL.—¡Esa fama tienes!

GOETZ.—Y no me la podrán quitar. ¡Todo me lo han quitado, hacienda, libertad!

ISABEL.—Fué por entonces cuando me encontré en la sala de la posada con Miltenberg y Singlingen, que no me conocían. Sentí la misma alegría que si hubiese dado á luz un hijo. Te ensalzaban á porfía, diciendo: «Es el modelo del caballero, valeroso y noble en su liberalidad, confiado y leal en la desgracia.»

GOETZ.—¡Qué me digan cuándo y á quién he faltado á mi palabra! Y Dios sabe que más he sudado para ayudar á mi prójimo que para ayudarme á mí mismo. He trabajado para ganarme nombre de valiente y leal caballero, y no riquezas y dignidades. Y ¡gracias á Dios! Así como lo deseaba, así lo he tenido.

Entran LERSE y JORGE con caza.

GOETZ.—¡Bien por los cazadores valientes!

JORGE.—De valientes soldados, en eso nos hemos convertido. De las botas se hacen fácilmente zapatillas.

LERSE.—La caza siempre es una especie de guerra.

JORGE.—¡Si al menos no tuviese uno que tropezar siempre en el país con soldados del imperio...! ¿Os acordáis, señor, cuando nos profetizasteis que si el mundo

diese una vuelta nos haríamos cazadores? Pues ya lo somos sir eso.

GOETZ.—Viene á ser lo mismo, porque nos han sacado de nuestro centro.

JORGE.—Los tiempos son muy arduos. Hace ocho días que se ve un temible cometa, y Alemania entera teme si será señal de la muerte del Emperador, que está muy enfermo.

GOETZ.—¿Muy enfermo? ¡Nuestra carrera llega á su fin!

LERSE.—Aquí por las cercanías ocurren cambios tremendos. Los paisanos amotínanse amenazadores.

GOETZ.—¿Dónde?

LERSE.—En el corazón de Suabia. Incendian y asesinan. Témome que asolarán todo el país.

JORGE.—Es una guerra horrible. Cien lugares se han levantado ya, y cada día aumenta la insurrección. El huracán, últimamente, destruyó bosques enteros, y poco después, en el mismo sitio donde comenzó la rebelión, se han visto dos espadas de fuego cruzándose en el aire.

GOETZ.—¡No dejará de ser víctima inocente algún buen señor amigo mío!

JORGE.—¡Lástima que no podamos salir!